

LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL **HOGAR** *dup*

30
CTS



JAMES CAGNEY
JOHN BLONDELL

EDICIONES BISTAGNE

**GENTE
VIVA**

La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 154

BLONDE CRAZY 1931

GENTE VIVA

Interesante asunto, interpretado por

JAMES CAGNEY, JOAN BLONDELL, LOUIS
CALHERN, NOEL FRANCIS, RAY MILLAND,
GUY KIBBEE, POLLY WALTERS, WILLIAM
BURRESS, MAUDE EBURNE.
NAT PENDLETON

—

Es un film de la prestigiosa firma

Warner Bros - First National Films, S. A. E.

Paseo de Gracia, 77

B A R C E L O N A

—

Postal-regalo: GEORGE LEWIS

—

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

GENTE VIVA

Argumento de la película

En un hotel de una ciudad del interior, ni muy grande ni muy chica, estaba colocado de botones un mozo agraciado y simpático, sumamente listo y siempre de buen humor, llamado Bert Harris.

Cierto día se presentó a solicitar una plaza de camarera una muchacha guapísima llamada Anne, que deslumbró al mozo con el brillo de sus ojos.

Trabajo le hubiera costado conseguir la plaza sin la ayuda que le prestó el botones, porque ella era inocente y cándida y en este mundo solamente triunfa la viveza: aquella viveza que

hacía de Bert un mozo de provecho que siempre se salía con la suya.

La señora Synder a todo le encontraba reparos—bien lo sabía él—, y la muchacha nunca hubiera triunfado por las buenas, siguiendo el franco camino de la verdad. Pero allí estaba Bert Harris para ayudarla con sus marrullerías, porque su belleza le había deslumbrado y deseaba vivamente que aquella muchacha entrase en el hotel.

—¿Ha trabajado usted antes en otros hoteles?—preguntó la señora Synder.

Y, cuando la joven inocente iba a contestar franca y sinceramente que no, con lo que hubiese sido rechazada de plano, intervino el botones:

—¡Ya lo creo! En Chicago, en Búfalo, en...

—¿Y usted cómo lo sabe?—le preguntó la señora.

—Porque su amigo Jimmie me lo ha contado—respondió el joven inventando un personaje fantástico.

La ayudó con otras incontables mentiras más y le allanó así el camino hasta que logró ser admitida. Ella estaba maravillada de tanto enredo, pero comprendía su finalidad y le agradecía a aquel joven su interés. Al mismo tiempo no dejaba de impresionarle la simpatía que respiraba su persona.

Así es que, cuando ya colocada, las otras camareras le hablaban mal de Bert Harris, ella no hacía mucho caso.

—Si quieres—le decía una de sus compañe-

ras—, sigue mis consejos y no hagas amistad con ningún camarero ni con ningún botones... y el peor de todos es Bert Harris.

—¿Qué tiene de malo?—preguntaba ella.

—Es un sinvergüenza que juega con dados falsos y siempre gana.

—Commigo no ha de ganar, porque no tengo dinero.

—Puede ser que tengas algo que apetezca él más que el dinero. Anda con él con cuidado, porque es un pillo y parece que se ha fijado en ti. A los clientes les vende bebidas...

—¡Bah!—se decía Anne en su fuero interno.

—Poco me importa a mí que venda bebidas y que robe los cuartos jugando con trampas. Si busca mi cariño, sólo con lealtad y nobleza lo podrá conseguir.

Después de recibir una llamada telefónica, la otra camarera, en el guardarropa, le dijo a Anne:

—Piden tohallas desde el cuarto número 16. Creía que estaban pintando allí. Toma y llévallas.

Y, efectivamente, en el 16 estaban pintando y quien pedía tohallas, para lograr verse a solas y con toda tranquilidad con Anne, era el fresco de Bert.

Ella se sorprendió y él le brindó merienda y bebida. Pasarían los dos allí un rato delicioso, sin que nadie les interrumpiera. A ella no dejaba de hacerle gracia la viveza del mozo. Pero éste se creía que todo el monte era

orégano e intentó abrazarla, recibiendo una sonora bofetada.

—¡Bonito pago me das después que conseguí para ti el empleo!—le dijo él quejumbroso.

Y así se fué deslizandó la vida en aquel hotel, enamorado el joven Harris de la hermosa Anne, a quien inspiraba viva simpatía, pero que no se dejaba abrazar por nada del mundo y estaba siempre dispuesta a abofetearlo.

Pero... ¡era tan bonita Anne! No era sólo Bert quien bebía los vientos por ella y más de un parroquiano soñaba por las noches con la joven.

Entre ellos, el señor Hupert Johnston era un burgués tripudo e inmensamente rico, que se pensaba que no había nada que no estuviera al alcance de sus dólares. Así es que una mañana llamó por teléfono y dijo a la centralilla del hotel:

—Pónganme en comunicación con el ropero.

Puesto al habla con la dependencia en donde prestaba servicio Anne, solicitó:

—Que me envíen más tohallas con la misma camarera, y además un sifón.

Se había propuesto declararse a la joven y el sifón serviría para intentar emborracharla con whisky.

Cuando subía con las tohallas, se tropezó Anne con Bert, que se volvió a ganar otro bofetón, y el señor Johnston le dijo al entrar:

—¿Le ha pasado a usted algo?

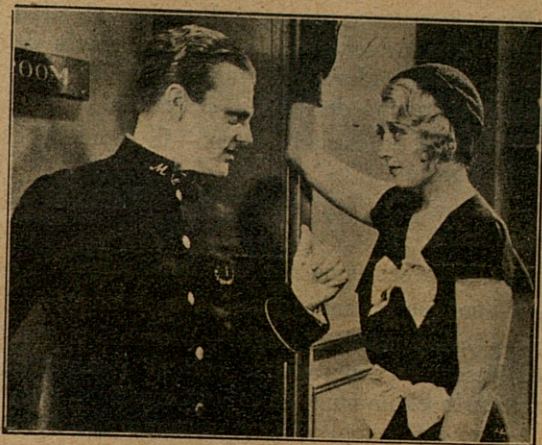
—Nada... un impertinente. Yo soy bastante

arisca, aunque no tengo mal genio cuando me tratan con amabilidad.

—Será porque se encuentra triste y sola... como yo—manifestó insinuante.

Ella hizo un mohín y aquel señor añadió:

—¿Quiere usted hacerme un favor? Deme usted su opinión sobre este muestrario, pues las



...se tropezó Anne con Bert...

mujeres son mucho más inteligentes en joyas que los hombres.

Y abrió, ante los ojos asombrados de la joven, una caja que contenía una verdadera fortuna en piedras preciosas.

Adornó, insinuante, con ellas el pecho de la joven como un demonio tentador. Ella estaba

verdaderamente emocionada, porque las joyas emocionan siempre a la mujer. Aquel ricachón creyó llegado el momento propicio y la acarició...

Y recibió el bofetón más sonoro y rotundo como respuesta a sus insinuaciones, marchándose la joven.

Poco después se presentó Bert con el sifón. Antes había presenciado la escena a través del ojo de la cerradura, encontrando delicioso el bofetón, hermano de los que él recibía.

—¡Cuánto ha tardado usted!—le reprochó el señor Johnston.

—Estaba poco frío el hielo—respondió el joven burlón.

—¿Cómo se llama esa camarera rubia?

—Veo que no sabe usted nada de nada.

—¿Quiere usted un trago?—preguntó el huésped deseando congraciarse con el joven para sonsacar el nombre de la camarera.

—Del mío—replicó Bert sacando del bolsillo una botella—. No bebo jamás de otra marca.

—Es bastante bueno—dijo el señor Johnston tras de probar el whisky.

—Lo mejor que hay. A la camarera rubia le gusta mucho y es mi mejor cliente.

—¿Sí? ¿Lo vende usted?

—A cinco dólares la botella.

—No es caro.

—Claro... gustándole a la rubia.

Poco después, le decía Bert a Anne:

—Te debo cinco dólares.

—Lo que me debe usted es una disculpa por su impertinencia.

—Es la comisión de la bebida que le vendí a un admirador suyo.

* * *

Ya iba existiendo cierta amistad entre Anne y Bert Harris, aunque éste, cada día más enamorado, no lograba nada de ella. Pero, aparte de no consentir ser abrazada, la joven había estrechado cierta amistad con el botones.

Este le enseñaba cierto día un álbum que había formado coleccionando recortes de periódicos en los que se daba cuenta de incontables timos. Una verdadera enciclopedia de la briv. En él figuraban numerosos procedimientos para engañar incautos, y el joven soñaba con llevarlos a la práctica.

—Pronto me dedicaré a grandes negocios—le decía a Anne—y emprenderé un viaje llevándote conmigo.

—Te haces ilusiones.

—Nadaremos en dinero e iremos a Nueva York.

—Sueños de grandeza.

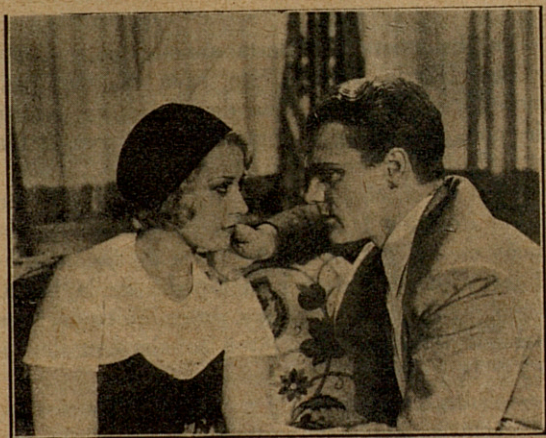
—Que pronto se convertirán en realidad.

—Ambiciones no te faltan.

—Con tu hermosura y mi ingenio llegaremos muy lejos.

—Y acabaremos en la cárcel.

—No te preocupes, porque quien es verdaderamente listo no se deja nunca coger. Los vivos no trabajan nunca y saben vivir con esplendores explotando a los tontos. Yo no he nacido para trabajar, pues para algo ha de servirme mi talento... Y a ti tu belleza. ¿Quieres que seamos socios?



...acabó por convencer a la joven...

Y Bert—Bertie, como se hacía llamar cariñosamente por ella—acabó por convencer a la joven, aunque ella sentía sobresaltos y temor.

Pero... ¡era tan interesante aquel granuja! Anne se encontraba enamorada de él, y por eso

accedió. Sólo que no quería, de ninguna manera, ser entre sus manos un juguete.

* * *

Cierta noche se encontraba parado en un lugar apartado un automóvil con las luces apagadas y acudió un guardia a averiguar lo que ocurría. En dicho coche se encontraba mister Hupert Johnston con la bella Anne intentando un idilio que ella sabría seguramente evitar que llegase a tomar proporciones mayores con sus rotundas bofetadas.

—Siento molestarles—dijo el policía.

—Ya íbamos a marcharnos...

—Con las luces apagadas... ¡Es una falta muy grave!—respondió el guardia encendiendo una linterna eléctrica de bolsillo.

—Me molesta esa luz...

—¿Sí?... Y quizá le moleste también una investigación más detenida—e, iluminando el interior del coche, sacó de él una botella de bebida.

—No me parece nada bien.

—¿No podría arreglarse esto?—interrogó el señor Johnston alargándole un billete al policía y añadiendo:

—Tome, para que se compre usted una caja de cigarros.

Pero el policía, sin tomarlo, continuó su in-

vestigación e iluminó con la luz de su linterna a la joven Anne.

—¿Usted aquí?—exclamó—. ¿Qué dirá, cuando se entere, su marido?

—Es amigo de mi esposo—aseguró la joven.

—No sabía que era casada.

—Vamos andando—dijo el policía.

—¡Hombre, por Dios! Esto no está bien ¡Mire que soy casado!

—No sabía que era casado—dijo ella.

—¿Qué sucede?—preguntó en esto el joven Bertie acercándose y saludando al policía—. ¿Exceso de velocidad?

—No. Por estar parado.

—Oye, Pete—añadió el joven tras de reconocer al dueño del auto—. El señor Johnston es mi amigo. ¿No podría evitarse el escándalo?

—¡Mira con quién está!

—¡Anne! ¿De qué le vas a acusar?

—De estar parado sin luces... de llevar bebida en el coche... de haber intentado sobornarme...

—Déjame hablar a solas con este señor.

—Mister Johnston—le dijo—. Esto se presenta muy feo, y yo, como esposo de Anne, desearía evitar un escándalo.

—Yo soy el primero que necesito evitarlo—contestó muy angustiado aquel obeso señor—. Padecería mi reputación. Intente usted convencerlo.

—Este policía es muy difícil de sobornar... pero lo intentaré.

Poco después se encontraban los dos socios, Anne y Bert, y se decían:

—¡Qué bien ha estado, Hank! ¡Parecía un policía de verdad!

—¡Claro!—respondía Bert—. Como lo han detenido tantas veces, conoce bien a los guardias. Dos mil quinientos dólares para cada uno, obsequio de mister Johnston.

A ella le parecía mal todo aquello y estaba muy seria.

—¿A qué viene esa actitud?—le reprochaba Bert.

—No puedo aceptarlos.

—Son tuyos. Somos socios y vamos a la mitad en todo.

—Pero esta vida... corremos peligro, puede él sospechar la verdad y denunciarnos...

—Mañana mismo tomamos el tren y nos vamos a Chicago.

Efectivamente, al día siguiente viajaban. Al hacerse de noche, ella manifestó:

—Con las prisas, no pensé en ello y saqué sólo un departamento para los dos. Toma tú la litera baja y yo dormiré en la alta.

—Supuse que olvidarías ese detalle—le contestó él—y tomé otra litera en otro departamento. Así dormiré mejor.

—¡Qué bueno eres!—exclamó Anne.

Y él estaba locamente enamorado de ella, como ella de él. Pero seguían las mutuas suspicacias y se limitaban a ser socios.

* * *

Llegaron a la gran capital y se establecieron en uno de los más lujosos hoteles. Vida ostentosa, gran comedor, baile, incontables personas pudientes y, entremezcladas con ellas, vividores, gran campo de operaciones para estafadores, timadores y caballeros de industria... y el detective privado siempre vigilante.

—¡Esto sí que es vivir!—exclamaba Bertie.

—Me gustaría más si entrara algún dinero—replicaba razonablemente Anne—. Cinco mil dólares no duran eternamente.

—Ya ganaremos más, porque es éste el país ideal para nosotros, donde abundan los tontos con pasta. Pero hasta ahora no hemos tocado los cinco mil dólares y hemos vivido de las economías. Fíjate en ese señor—añadió Bert señalando a uno que se sentaba en la mesa de al lado con una mujer muy llamativa—. Tiene cara de listo.

—¡Y qué mujer le acompaña!

—Es verdaderamente guapa.

—Cuando se tiene dinero abundan las guapas.

—No puedes reprocharme el que me fije en otras, puesto que tú no me haces caso.

—Hay ocasiones en las que creo que llegaría a quererte..., pero cuando me encuentro más

propicia a rendirme, lo echas todo a perder.

—¿Por qué dices eso?

—Para ti, el amor carece de importancia y es algo de quita y pon... Y yo sólo sería una más en tu amplia colección de conquistas.

—Te equivocas. Te deseo con apasionamiento, pero, si no puedo hacerte mía... tendré que conformarme con otra cualquiera.

Se terciaron las cosas de modo que enredaron conversación con las vecinas de la mesa de al lado, aquel señor que parecía tan rico y tan listo y la llamativa señora que le acompañaba. Ellos mismos se presentaron:

—Yo soy Dan Parker... La señorita Wilson...

—¿Viven aquí?

—Yo sí—dijo él, y ella añadió:

—Yo vivo muy cerca, como al volver la esquina y somos vecinos.

Bert invitó a bailar a la señorita Wilson, lo que no dejó de molestar a Anne, aunque procuró disimularlo. Luego hablaron de negocios y el joven creyó que con aquel señor tan listo podría ganar mucho dinero.

Cuando se separaron, los dos socios, Bert y Anne, discutieron. El primero se manifestaba entusiasmado con la nueva amistad, mientras que la segunda a todo le encontraba reparos.

—No me gusta ese hombre—decía.

—Pues tienes que irte acostumbrando a él, porque nos proporciona un buen negocio.

—¿Qué negocio?

—¿No te has fijado que no paga más que con billetes de cien dólares?

—¿Y qué?

—Que son falsos y cuestan la mitad, pero que nadie los reconoce.

—De todos modos, no me gusta.

—Es que estás celosa de la rubia.

—¿Celos de una rubia teñida? No he visto nadie tan vanidoso como tú. Ten entendido que no me importan nada tus mujeres.

—Pues trabajaremos con Dan, a pesar de no gustarte.

Efectivamente, Dan le había propuesto el negocio, pero le parecían poco 2.500 dólares y él quería convencerla de que metiese en el negocio los suyos también. Así es que al día siguiente, mientras ella se encontraba en el baño, llegó él y la convenció.

—Si no accediera—le dijo—, acabarías por robármelos.

Después acudió a su habitación, donde le esperaba Dan.

—¿Dispone usted de los 5.000 dólares? —le preguntó.

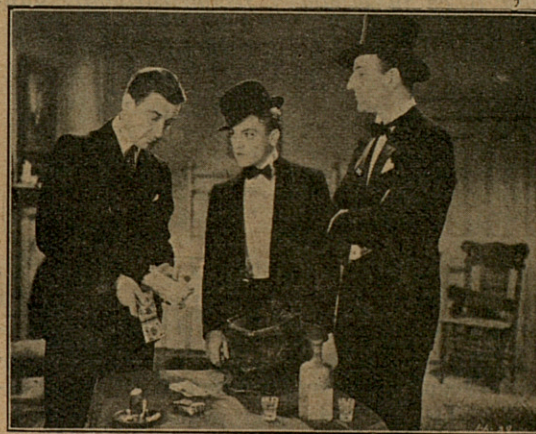
—Aquí los traigo.

—El falsificador se marcha fuera y hay que aprovechar este último día. Mañana se verá usted con él y ultimaré el negocio. Junte usted con sus cinco mil dólares estos otros diez mil míos y procure usted sacarle tres billetes falsos por cada uno bueno. Como no le conoce a usted, podrá sacar de él mejor partido que yo, que es por lo que le meto a usted en el negocio, además de que estoy vigilado por la policía. De aquí

a mañana, guarde usted los quince mil dólares en sitio seguro...

Y, mirando alrededor, fijó su atención en el único mueble del cuarto del hotel, una cómoda adosada al muro.

—Aquí mismo—añadió abriendo el cajón, en el que quedó depositado el maletín que contenía la suma.



—Junte usted sus cinco mil dólares con estos diez mil míos...

Pero aquella noche, tras de flirtear con la rubia Wilson, asegurándole que nada tenía que ver con Anne, que era simplemente una socia, al retirarse a su habitación a dormir, abrió por curiosidad el cajón de la cómoda, notando con

desesperación que había volado el maletín con los billetes. La pared había sido agujereada desde el cuarto inmediato y el cajón también por detrás. Indudablemente le había timado hábilmente aquel Dan tan vivo.

No le quedó la menor duda de ello cuando encontró en el cajón un papel que decía:

Querido: Pega este nuevo timo, desconocido para ti en tu álbum y recibe cariñosos saludos de Helen Wilson.

* * *

Se había dejado engañar como un colegial. Indudablemente, los billetes que le presentaba como falsos aquel bandido y que tan fácilmente pasaban, eran buenos. Lo peor era que le habían robado también los dineros de Anne. Jamás se lo confesaría a la joven.

Así es que, tras de leer en la prensa el anuncio de una boda suntuosa que se celebraba aquel día, tomó una rápida resolución y se dirigió a la joyería más lujosa que pudo encontrar.

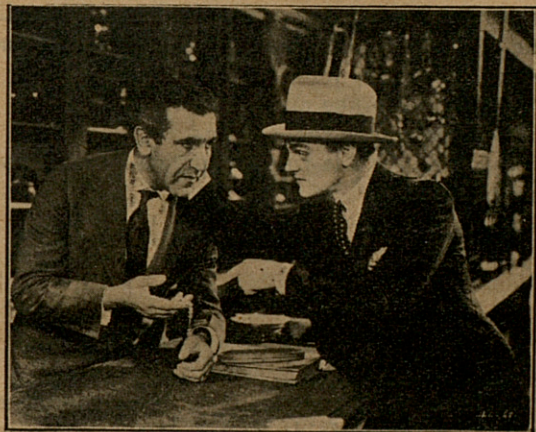
—El señor Porter—le dijo al joyero—me ha encargado que escoja un brazaletes para su hija que se va a casar hoy.

Después, tras de escoger uno, que valía quince mil dólares, encargó que lo enviasen a casa del señor Porter para su aprobación y solicitó

del dependiente, con una excusa plausible, que le entregase una tarjeta suya.

Después, tras de comprobar que el paquete había llegado a su destino, inmediatamente, antes de que hubiesen tenido tiempo de abrirlo, telefoneó:

—¿Es la casa del señor Porter? ¿Sí? Escu-



...y lo pignoraba por cinco mil dólares en una casa de empeño.

che. Aquí es la casa Gorman, joyería, y hemos enviado a ustedes equivocadamente un paquete.

—Sí—le contestaron—. Lo acabamos de recibir.

—Pues ahora pasará a recogerlo nuestro de-

pendiente señor Roland, a quien le rógamos se lo entregue.

Y, efectivamente, pocos minutos después, estaba en posesión del brazalete y lo pignoraba por cinco mil dólares en una casa de empeño.

Poco después, se encontraban ambos socios en el tren, camino de Nueva York.

—Dan trató de engañarnos—le dijo a Anne,—pero no lo consiguió. No perdimos un céntimo y, aunque no conseguimos las ganancias que él nos prometió, vamos a cobrárselas.

—¿De modo que este viaje...?

—Vamos siguiendo a Dan.

—¿A Dan o a la rubia?—preguntó maliciosamente Anne.

* * *

A la joven le entró un poco de carbonilla en un ojo, en ausencia de Bert, y otro pasajero joven, guapo y amable, la ayudó con delicadeza exquisita y logró librarla de tan insoportables molestias.

Con tal motivo siguieron presentaciones recíprocas:

—Si me permite... Soy Jos Reynolds.

—Yo Anne Roberts.

Después, tras de ofrecerle él un desinfectante para el ojo, hablaron e intimaron.

—¿Viaja usted mucho?—le preguntó ella.

—Sí; los negocios de bolsa me obligan a viajar con frecuencia.

—Yo nunca he estado en Nueva York—añadió ella cuando llegaba Bert, a quien le presentó su nuevo amigo diciéndole:

—Me sacó del ojo un carboncillo...

—Yo, probablemente, le habría sacado el ojo.

—Cosa natural en un socio—añadió ella continuando la broma.

Cuando se separaron de aquel joven, preguntó Anne:

—¿Te ha gustado ese joven tan simpático?

—Creo que sería fácil sacarle dinero.

—¿Pero es que no piensas más que en explotar a alguien?

—Pero ¿por qué no hemos de explotar a ese Reynolds?

—Porque me es simpático y no quiero que lo hagas.

—Es la primera vez que te veo débil. Seguramente es un Don Juan que ha sabido interesarte.

—Deberías tomar lecciones de él.

—¡Oh, el honrado agente de bolsa! ¡Te veo romántica!

* * *

Llegados a Nueva York, tras de comer un día Anne con Joe Reynolds, que le presentó a su pa-

dre, al día siguiente, encontrándose ausente Bert del gran hotel donde se alojaban ambos socios, se encontró la joven con Dan Parker.

—¿Dónde anda aquel tonto amigo suyo que se llamaba Bert?—le preguntó después de saludarla—. ¡Bien lo engañamos con los billetes que él creía falsos!

—¿De verdad?—interrogó ella haciéndose de nuevas—. Yo hace tiempo que no quiero saber de él.

—Le soplamos bonitamente cinco mil dólares, y Helen tuvo la ocurrencia de dejarle un papelito aconsejándole que recopilase aquel nuevo timo en su álbum.

—¿Y Helen?—preguntó Anne.

—Nos separamos hace tiempo. Yo, cuando necesito una mujer, la alquilo, o me asocio a ella circunstancialmente.

Anne, convencida una vez más de lo embustero y trapisondista que era Bert, lo esperó decidida a pedirle una explicación.

Cuando llegó estaba ella leyendo un libro de poesías escrito por el agente de Bolsa Jos Reynolds, de quien se burló el joven.

Leyó la dedicatoria, que decía:

Para Anne, que es toda poesía, su admirador, Jos.

—¡Qué romántico!—exclamó—. ¿Y en esto pierde ese idiota el tiempo?

—Es un poeta.

—Para ti será un poeta, pero para mí es un tonto.

—¿Sabes con quién he estado hablando?

—¿Con quién?

—Con Dan.

—¿Y qué te ha dicho?

—Me lo ha contado todo. Y me ha encargado que te salude en nombre de Helen.

—¡Qué canalla! ¡Y tú haciéndole coro en sus burlas!

—Dime de dónde sacaste el dinero que él te había robado.

—Robé un brazaletes en una joyería y lo empené.

—No creía que fueras ladrón.

—Si me atreví a serlo, fué para recobrar tu dinero.

—El día menos pensado atracarás un banco.

—Veo que Reynolds te está transformando. Y no seré yo quien te obligue a seguir asociada conmigo..., digo, si no es que proyectas abandonarme para trabajar con Dan porque te parece más listo...

—Tu ironía, que no la sientes, me hace daño —dijo ella—. Escucha: ni me interesa Dan ni dejaremos de ser socios... y seguiremos siéndolo, precisamente, por lo menos hasta que nos hayamos vengado de él. El te obligó a robar y tendrá que pagarlo.

—Me complace verte así. Di, ¿qué has pensado?

—Ya lo sabrás... Lo desplumaremos y después huiremos al extranjero.

* * *

Anne, tras de convenir con Bertie en no verse ni dejarse éste ver, se hizo muy amiga de Dan y le propuso realizar a medias un negocio excelente. Se trataba de desplumar a un coronel inmensamente rico y hombre muy confiado que tenía mucha afición por las apuestas. Irían con él a las carreras de caballos con algún retraso, y le propondrían apostar durante el camino sobre el resultado de las carreras que ya habían terminado, marchando delante un auto con un compadre que se enteraría por teléfono del resultado y modificaría con él las dos últimas cifras del número de la matrícula del coche.

—¡Estas mujeres!— exclamaba el coronel—. Siempre se hacen esperar y llega uno con ellas tarde a todas partes.

—Ya ha terminado la primera carrera.

—Yo tengo la culpa de que no hayan podido asistir ustedes a ella.

—Lo siento, porque yo tenía mi caballo favorito y creo que hubiese ganado.

—¿Por qué no apuestan ustedes?

—¿Quiere usted apostar así?

—No tengo inconveniente.

—¿Cuál es su caballo favorito?—preguntó el coronel.

—“Captain’s Roy”—respondió Dan tras de consultar la lista y de mirar las dos últimas ci-

fras del número de la matrícula del auto que marchaba delante—. Apostaría quinientos dólares.

—¿Y por qué no mil?

—Anne podrá guardar las apuestas...

Así siguieron apostando, consultando antes Dan las cifras que iba cambiando el chofer del coche que les adelantaba para telefonar y luego dejaba ver el número indicador del triunfo. Fueron apostando y apostando cantidades muy grandes, que iban quedando en poder de la joven...

Hasta que llegaron al hipódromo y Dan se enteró con desesperación de que lo había perdido todo.

—¡Ese infame chofer me ha traicionado!—exclamó iracundo.

—Cálmate, Dan—le dijo ella—. Mañana lo desplumaremos.

Pero al día siguiente recibió Dan una carta que decía:

Querido Dan: Toma nota de este timo. El chofer, el coronel y yo estábamos de acuerdo. Es de la colección de Bert y consta en su álbum, pero tú no lo conocías. Anne.

* * *

—¿No es mejor esta venganza que abofetearlo?—le preguntaba Anne a Bert al día siguiente.

—¡Venganza y hermosos billetes!—exclamaba él acariciándolos.

—El dinero te ofusca.

—El dinero da libertad y posibilidades. Ahora, con este dinero, podemos irnos a Europa. ¿Saco billetes para los dos?

—Sácalo para ti sólo.

—Anne—exclamó él—. Sigo amándote con locura. ¿Quieres que nos casemos?

—¿Por qué no me dijiste esas palabras hace tiempo? ¡Tanto como yo lo deseaba! ¡Pero ahora amo a otro!

—¿A otro?

—Sí, a Reynolds. He aprendido mucho. Reynolds vive de manera muy distinta. Ama la música y las artes. Me espera una vida serena y apacible...

—Sí—dijo Bert—. Sufrirías mucho casándote con un timador como yo. Acabaría por explotar a tus amigos por el mero hecho de serlo... ¡Que seas muy feliz!

Y se separaron muy tristes, aunque ella exteriorizase su tristeza y él procurase ocultarla.

* * *

Pasó un año, sin que Bert diese un golpe, cuando un día se le presentó Anne.

—Ha sucedido algo espantoso—le dijo a quemarropa.

—¿Qué ha sucedido?

—Jos se ha jugado el dinero de la caja.

—No es el primero...

—Y lo ha perdido.

—¿Es un caballero respetable y desfalca?

—Tú tienes que ayudarme. Préstame treinta mil dólares, necesarios para cubrir el desfalco.



—¡Qué bueno eres!

—No los tengo, Anne. Desde que nos separamos, no he vuelto a timar a nadie.

—¿Te has vuelto honrado?

—Es que no podía ni quería trabajar sin ti... Pero arreglaremos lo del desfalco de tu esposo.

—¡Qué bueno eres!

—Dile a Jos que mañana iré a hacerle una

visita y que me reciba en su despacho particular.

—¿Qué proyectas?

—Como no somos socios, conservaré secreto el plan. ero puedes tranquilizarte, porque res-
pondo de él.

* * *

—Esto puede sucederle a cualquiera—dijo Jos disculpándose.

—Sí—le respondió Bert—, pero acabando en presidio.

—Usted me salvará y no perderá nada.

—No perderé nada... porque no tengo nada que perder desde que usted me quitó a Anne. Yo robaré la caja y así no se descubrirá el desfalco de usted.

—Pero eso será un robo. Quedan aún más valores en la caja.

—¿Son fácilmente negociables?

—No.

—Claro, y por eso no se los jugó usted. Déjeme la llave y la cifra y márchese con Anne a algún lugar visible para poder demostrar su inocencia en este robo. Encontrarán los valores no

negociables y la policía creerá que los ladrones se llevaron los otros.

—¡Gran idea! Muchas gracias.

—Lo hago por Anne y no por usted.

* * *

Al día siguiente Anne visitaba desesperada a Bert, que se encontraba en la cárcel, pues había sido sorprendido con las manos en la masa.

—Fué Jos quien te traicionó y él mismo avisó a la policía.

—No creo que haya nadie tan vil.

—Se lo diré al fiscal.

—No te mezcles en esto, porque resucitarían todos los timos que hemos hecho. Además, que fuí yo quien te arrastró.

—No consentiré que cargues con la culpa de ese infame. Ten en cuenta que te ayudé en tus empresas... sólo porque te amaba.

—No te creo—dijo él.

—En toda mi vida he dicho una verdad mayor... Me sedujo la idea de una vida honrada y apacible... y caí en poder de ese canalla... Succeda lo que suceda, yo te esperaré... Y confía, que aun seremos felices.

Y Bertie esperó confiado. Si le condenaban, cumpliría su condena y sería, por fin, feliz con su amada, desengañada de las falsas apariencias de falsos amores incapaces de un sacrificio...

FIN

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCIÓN PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas
Ediciones Especiales de L. N. S. C.,
con éxito sin precedentes:

El hombre que se reía del amor

por María Fernanda Ladrón de Guevara,
Rafael Rivelles, etc.

Susan Lenox

por Greta Garbo, Clark Gable, Jean
Hersholt, etc.

Mercado de mujeres

por Dita Parlo, Harry Frank, etc.

Manos culpables

Lionel Barrymore, Madge Evans, etc.

La princesa se divierte

por Martha Eggerth

La mano asesina

por Ben Lyon, Bárbara Weeks, etc.

— y —

El rey de los gitanos

por JOSÉ MOJICA, Rosita Moreno, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!
¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TITULOS Y PÍDALOS :

Ediciones Especiales

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 30 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan a los muchachos y a los amantes de argumentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
